



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECAÑO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12265

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

MIÉRCOLES 1.º DE OCTUBRE DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

La plaza de España

Todos los días, á la caída de la tarde, acuden á las puertas de Madrid los aficionados á ver obras, para inspeccionar los adelantos de las que en dicho paraje se ejecitan.

Pertenecen aquéllas á la plaza de España, bautizada recientemente por el Ayuntamiento, y á fin de que lleguen á conocimiento de todos, vamos á publicar algunos datos referentes á la misma.

Pocos son los que á esta fecha ignoran que la citada plaza es circular y que su radio mide ochenta metros, siendo su anchura ó eje, en cualquier sentido que se tome, ciento sesenta metros.

Confina dicha plaza por el Norte con la Alameda de San Antonio Abad y los ejes de las dos se unen en línea recta. Por el Sur no llega á confrontar con la calle del Carmen, porque la inclinación del eje de ésta afearía el conjunto; mas á fin de destruir fealdades servirá de punto de unión entre la citada calle y la plaza circular, una anteplaza que se abrirá desde la calle mencionada, en curva, yendo á unirse á la plaza.

Esta estará formada de las siguientes zonas:

La exterior, que es una acera de tres metros de anchura, lindante con las casas.

Otra interior de ocho metros de ancho y que será construida de arceife.

Paseo de cemento de doce metros de ancho.

Carretera de diez y ocho metros de latitud.

Zona de jardines de veinte metros de anchura.

Zona central de diez y nueve metros de radio ó de treinta y ocho de diámetro, en cuyo centro será instalada una farola monumental cuyo candelabro no tendrá menos de veinte metros de altura.

Al Norte de dicha plaza se abrirá la gran avenida de la Alameda, de sesenta metros de anchura y por Levante comunicará con el centro, por una calle de cuarenta metros, por la que tendrá ingreso en la plaza el tranvía de Los Molinos.

Por el lado opuesto, ó sea por el Poniente, concurrirá á la repetida plaza otra calle menos anchura que la anterior, que comunicará con el actual barrio de la Concepción.

La plaza de que nos ocupamos es por sus dimensiones una de las más grandes de España. Supera á la de Cataluña de Barcelona, es bastante mayor que la más grande del ensanche de Bilbao y un poco menor que la Puerta del Sol de Madrid.

Si las construcciones que en ella se hagan corren pareja con las dimensiones, la plaza de España será de una grandiosidad suficiente para llamar la atención de cuantos visiten la ciudad.

TIJERETAZOS

Leemos:

«La policía de Cádiz no ha podido encontrar á un célebre bandido que se pasea por las calles tranquilamente. Es lo que se dirán los polizontes: Si pasea y está tranquilo ¿para qué sulfurarlo?»

Y se quedan tan... tranquilos.»

Hé ahí un suelto con más reparos que palabras.

En primer lugar la policía ha resultado victoriosa en la gran lucha de sagacidad que ha sostenido con ese célebre ladrón.

En segundo lugar no hay celebridad que valga. Ese pobre Tobalito es un modesto

descuidado, un raterillo de la última cría, puesto que no tiene más de diez y siete años, sin práctica del oficio.

Esto pone á la policía en situación lamentable, porque no ha tenido que haberse con un Jaime el Barbudo ó un Luis Candela; pero ¿qué lo hemos de hacer?

Y gracias que Tobalito ha caído en la ratonera.

Si no, ¿cómo hubieran quedado los policías de Cádiz.

Poor que ahora.

Parece que el Sr. Montilla no se aviene á que actúe Moret de vicepresidente en los consejos de ministros.

¿Pues cuándo va á practicar el futuro presidente?

Si ha de sustituir al actual...

Dice un colega:

«Ni neutralidad ni alianza. Ni una cosa, ni otra, ni nada, sin embargo de sernos útil algo.

Todo es malo, dado el lastimoso estado de postración en que nos hallamos.

¿Qué elegir? ¿O neutralidad ó alianza?»

Pues eso, nada.

Si ya lo ha dicho usted ¿á qué preguntarle?

EL DECALOGO DE LA CARIDAD

I.—Enseña á tus hijos á ser piadosos antes de ser caritativos: solo así podrán hacer limosnas por amor á Dios, no por amor á sí mismos.

II.—Acostumbrales á diferenciar bien la lastima del desprecio.

III.—Vale más la mitad de la merienda de un niño dada por él á otro, pobre, que una moneda de oro arrojada desde un balcón, por instigaciones de sus padres.

IV.—No amenaces jamás á tus hijos con abandonarles con «los chicos de la calle»; muéstrales los medios de evitar su abandono y su miseria.

V.—Si tu hijo dá espontáneamente un beso á un pobre niño, no detengas su noble impulso; pícnas que quien ama, casi siempre es amada.

VI.—Haz entender á los tuyos que «nada se pierde en la naturaleza»; lo mismo en el orden material, como en el moral.

VII.—Si fueras rico y quisieras que llamasen á tus hijos «amo», haz que trate como «hermano» á sus inferiores.

VIII.—Si eres pobre, procura que tus hijos soporten virilmente la desgracia, para mejor encaminarse por la senda de la prosperidad.

IX.—Llevarás á tus hijos á visitar un Asilo de huérfanos ó un hospital, por lo menos una vez dentro del año.

X.—Cuando contribuyas á una obra de caridad, haz de modo que en tu casa no vean en esa acción un hecho extraordinario y penoso, sino una gratísima costumbre de toda la vida.

MANUEL DE TOLESA LATOUE.

LOS SOBERANOS DE RUSIA EN LA INTIMIDAD

De una correspondencia de San Petersburgo, copiamos los siguientes párrafos:

«La vida interior de la augusta pareja que ocupa el trono de Rusia, es muy sencilla y exenta de toda ceremonia.

La Zarina, en su manera de ser, es encantadora y hasta tímida, teniendo más bien el aspecto de una joven, que el de una Emperatriz.

Muy á menudo sus mejillas se llenan de carmin, y tiene la costumbre instintiva de bajar ó inclinar la cabeza.

Viste enteramente á la inglesa, siendo su aspecto el de una de las hijas de Albión, y á pesar de que posee perlas maravillosas azules y rubies únicos, casi nunca lleva alhajas.

El Zar viste generalmente para casa el sencillo traje nacional de su país.

Sus modales son también muy atractivos y tranquilos, á pesar de lo cual esconde gran energía y resolución.

Tanto el Emperador como su augusta esposa son queridísimos de cuantos les rodean.

Nicolás II gusta de tomar alimentos sencillos y come muy de prisa.

Cuando sus invitados empiezan un plato, él ya lo ha terminado casi.

Su comida consta de pocos manjares, y durante ella le agrada hablar en tono festivo y reirse.

Por estos motivos los banquetes oficiales son su mayor castigo, y en ellos no puede su fisonomía ocultar á veces el desagrado que aquella lentitud y aquella etiqueta causan en el poderoso Emperador.

Cuando S. M. termina su comida de diario, pasa á un salón donde, rodeado de las personas de su familia, conversa hasta las diez de la noche.

A esa hora, y sobre todo cuando la Emperatriz viuda está presente, todo el mundo se retira á sus habitaciones, haciéndolo Nicolás II á su despacho, donde trabaja hasta media noche, hora en que invariablemente se acuesta.

Con muy raras excepciones, el Emperador deja de entregarse á este trabajo nocturno, pues aún en los banquetes de Palacio se tiene cuidado de que la fiesta termine á hora temprana, á fin de no interrumpir su cotidiana tarea, á la cual suelen asistir algunos ministros.

Nicolás II, es en todo el tipo opuesto de su padre, no tan sólo física, sino moralmente.

El actual Emperador pone especial empeño en hacer olvidar el carácter de depósito con que eran conocidos sus antepasados, y sus maneras afables indican su deseo de atraerse voluntades y afectos.

Esta disposición de su ánimo se demuestra en la costumbre que se ha impuesto de salir con la Emperatriz seguido de contadísimas personas y sin aparato alguno peleciano.

Nunca da cuenta de sus proyectos cuando sale á paseo y casi nadie sabe á dónde se dirige, siendo su mayor placer pasar inadvertido.

Cuando el difunto Zar salía, formaban las tropas é iba siempre seguido de brillante y numeroso acompañamiento.

También la etiqueta de la corte rusa ha sufrido algunas modificaciones desde el advenimiento de Nicolás II, quien ha procurado acortar distancias, siendo el resultado de estas determinaciones el que todas las

Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.ª

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 38

39

ANNUCHKA

bien dirigido. Y sin embargo, era imposible no quererle; atraía involuntariamente el afecto.

Pasamos juntos cerca de cuatro horas, ya sentados mano á mano en el sofá, ya paseándonos con paso lento por delante de la casa; y aquella conversación acabó de unirnos. Se puso el sol y traté de volverme á casa.

Annuchka aún no había regresado á la suya.

—¡Ah! ¡Qué voluntariosa criatura!—exclamó Gaguine.—Espere V., yo le acompañaré. ¿Quiere? De paso entraremos en casa de doña Luisa, para saber si todavía está allí; no será gran rodeo para V.

Bajamos á la villa, y después de haber seguido por algunos instantes una calle estrecha y tortuosa, nos detuvimos ante una casa alta, de cuatro pisos, pero sólo con dos ventanas en cada uno; el segundo piso avanzaba hacia la calle más que el primero, y lo mismo sucedía con los otros dos. Aquella extraña vivienda con molduras góticas, encaramada sobre dos enormes postes, dominada por una puntiaguda teahumbre de tejas con una buharda, y sobre ésta una grulla de hierro alargada en forma de pico... hacía el efecto de un enorme peñarraco replegado en sí mismo.

—¡Annuchka!—gritó Gaguine.—¿Estás ahí?

Abrióse en el tercer piso una ventana con luz, y vimos la morena cabeza de la joven. Detrás de ella se

asomó el desdentado rostro de una vieja alemana, con los ojos débiles por la edad.

—Aquí estoy—dijo Annuchka, poniéndose de codos con coquetería en el alféizar de la ventana;—estoy bien aquí. Toma esto; figúrate que soy la dama de tus pensamientos.

Y tiró á Gaguine una rama de goronio. Doña Luisa se echó á reir.

—Se maroha, y ha querido decirte adiós—dijo Gaguine.

—¿De veras?—contestó Annuchka.—Pues bueno; ya que se va dale mi rama. En seguida irá á casa.

Cerró á escape la ventana, y me pareció verla abrazar á la vieja alemana. Gaguine me alargó la rama en silencio. Sin decir una palabra, la metí en el bolsillo; y dirigiéndome al sitio por donde se atraviesa el río, pasé á la otra margen. Recuerdo que iba yo andando hacia la casa con el corazón extrañamente triste, aunque sin estar preocupado por nada, cuando de pronto me llamó la atención un olor muy conocido para mí, pero bastante raro en Alemania. Me detuve y vi junto al camino un terreno sembrado de café. El aroma que difundía aquella planta de nuestras estepas, me transportó súbitamente á Rusia y provocó en mí alma una apasionada vehemencia por la pa-